

en favor de los hombres, una filosofía mas elevada que la del tiempo, una mirada que vienen á consultar los pueblos para leer en ella pensamientos venerables. ¡ Pues bien! el sentido depravado ha tenido sacerdotes encargados de ejercer como un ministerio de santidad este espantoso ministerio de la depravacion,

¿ Qué digo ? ¡ sacerdotes ! ¡ ha tenido templos ! ¡ Templos, Dios mio ! Cuando el hombre se halla fatigado, cuando está harto del dia, y no puede mas con la vida, se pone en camino y va á llamar á la puerta de un templo; cae de rodillas, ora, se eleva hácia Dios en esas paredes que son su morada, su alma respirará allí la esperanza y el perfume de una vida mejor; hé aquí el templo. Y este templo ha sido manchado por la voluptuosidad : al hombre que iba allí á reposar de los sueños crueles de la vida, se le mostraba en el altar el deleite y le decia : ¡ Yo soy el último Dios !

No obstante, Señores, no hagais al género humano la injusticia de creer que no se avergonzó, y que no aspiró á sacudir este yugo. Aspiraba á ello. Tenia vestales, conocia la palabra de castidad, tenia de ella algunos ilustres ejemplos, tales como la continencia de un Scipion en una ocasion célebre. Pero esto no no era mas que relámpagos, deseos, apariciones del bien; el bien estaba vencido. El hombre ha permanecido durante cuatro mil años bajo el dominio del sentido depravado, hasta que en fin sonó una hora en el reloj de la eternidad, y esta hora decia : « Ha nacido un Salvador; gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad. »

Réstanos que ver el efecto de esta simple palabra en el mundo, y cómo ha engendrado en él la virtud reservada de la castidad.

Roma era absoluta señora del mundo : habia reunido en su seno todos los vicios de las generaciones que habia conquistado ; y queriendo marcar con un monumento la plenitud de su gloria y de su religion, elevó en su centro un templo á todos los dioses, su Panteon, en que tambien el dios de la depravacion tenia su imágen, sus sacerdotes y su incienso. Un dia, pues, llegaron ciertos paisanos procedentes de un país sin renombre, y se detuvieron en esta plaza, donde se contenian todos los dioses de Roma bajo la triple proteccion del tiempo, de la victoria y de la religion. Llegaron, pues, y miraron á su alrededor á todas estas potestades que estaban allí para defender la vergüenza y el deleite divinizados, y despues de haber hecho sobre ellos un signo sagrado, fueron á llamar con su báculo de viajero á la puerta del Panteon, que se abrió ante ellos. Allí se se hallaban colocados todos los antiguos dio-

ses, todos los errores pasados, todos los crímenes famosos; todos reinaban allí en mármol, en oro y en marfil. Nuestros paisanos no llevaban contra todos ellos mas que un corazon puro, que al fin fué el mas fuerte. La castidad plantó en el Panteon su doble signo, primero la cruz, la carne del hombre padeciendo por una inmolacion voluntaria, y á su lado la imágen de la Virgen sin mancha : signos ambos que anunciaban al género humano que no era el padre del mundo la sangre derramada en la voluptuosidad, sino la sangre vertida en el dolor; enseñándole ambos que no era la madre del mundo la fecundidad, aun siendo legitima, sino la virginidad, la virginidad hermana de la juventud, de la belleza, de la bondad, del genio, de la fuerza, hermana y madre de todas las virtudes, y con ellas del mundo entero.

El triunfo era nuevo y grande. El honor y la publicidad de la depravacion eran sustituidos por el honor y la publicidad de la castidad. Pero es necesario un sacerdocio para el sostenimiento como para la propagacion de toda doctrina santa; ¿ y cuál debia ser el sacerdocio de la castidad sino un sacerdocio de vírgenes? La doctrina católica lo creó, no ya para una porcion escogida, destinada como las vestales á ofrecer al mundo un raro patron de virtud, sino para todos sin excepcion, para todos, en todos tiempos, en todos lugares, bajo todos los soles. Ella osó contar para esto consigo misma, exigiendo por condicion suprema del sacerdocio la continencia absoluta, y no queriendo confiarlo mas que á la inocencia conservada para siempre, ó perpetuamente recobrada por el arrepentimiento. Nadie, en efecto, puede dar lo que no tiene, y solo la castidad debia tener el privilegio de engendrar la castidad.

Pues bien, Señores, ¿ qué decís de esto? Tal era la pretension de la doctrina católica; ¿ la ha realizado? ¿ Ha creado por toda la tierra, en todos los pueblos, una raza de sacerdotes castos, renunciando á lo que habia parecido á la humanidad, durante cuatro mil años, condimento indispensable de la vida? ¿ Lo ha hecho? Y observadlo, no son ancianos reducidos por el hielo de la edad á la impotencia del mal los elegidos por la doctrina católica para sacerdotes suyos; no: son jóvenes, el hombre en la savia y en la flor de su vida; es S. Juan reclinado en el pecho de su maestro; es S. Pablo corriendo á Damasco á rienda suelta; es S. Antonio llevando toda su primavera al desierto de Kolsim. Hé aquí en general el sacerdote cristiano. La Iglesia toma de los cabellos la juventud viviente, afectada por su corazon, seducida por

su imaginacion : la purifica en la oracion y en la penitencia , la educa con la meditacion , la hace dócil con la obediencia , la transfigura con la humildad , y al radiar el dia , la arroja á tierra en sus basílicas : derrama sobre ella una palabra y una gota del óleo ; ¡ y vedla casta ! Irán estos jóvenes , irán por toda la tierra , bajo la guarda de la virtud ; penetrarán en el santuario de los santuarios , el de las almas : escucharán confidencias terribles ; lo verán todo , lo sabrán todo ; mil tempestades pasarán sobre su corazon . Este corazon permanecerá de fuego por la caridad , de granito por la castidad . Este es el signo por el que reconocerán los pueblos al sacerdote . El sacerdote podrá ser avaro , orgulloso , farisaico : su carácter sufrirá sin duda vicios vergonzosos ; pero , á pesar de esto , mientras brille en su frente el signo de la castidad , Dios y los hombres le perdonarán mucho ; lo que estos últimos no le perdonarán jamás , será una falta , á veces la sombra de una falta de fragilidad ; tanto es á los ojos de todos el sacerdocio y la castidad una sola y una misma dignidad , una sola y una misma expresion del Dios que ha salvado el mundo en la cruz .

Gracias á Dios , Señores , el sacerdote católico ha experimentado esta prueba ; y la sufre desde hace cerea de veinte siglos . Hanle mirado sin cesar sus enemigos en el presente y en la historia , han señalado escándalos parciales ; pero el cuerpo entero ha permanecido salvo . La fe de las generaciones atentas no se engaña sobre esto : cree en una virtud que ha experimentado ; trae á nuestros piés niños de diez y siete años , corazones de diez y siete años , votos de diez y siete años ; ella los trae allí á la faz del universo y á la admiracion del impío ; presenta allí á la madre con la hija ; los disgustos precoces con los disgustos envejecidos : dice allí lo que no oye el oido del esposo , lo que no sabe el oido del hermano , lo que el oido amigo jamás ha sospechado . La humanidad proclama por esta confidencia milagrosa la santidad del sacerdocio católico , y siempre se estrellará el furor de los enemigos contra esta arca santa que él lleva consigo . Ellos la perseguirán , como el ejército de Faraon , hasta en la profundidad de los mares ; pero el muro , el cristal de la castidad se elevará siempre entre ellos y nosotros , y maldecirán este fruto divino que nace en nosotros y que nos protege , y le maldecirán en vano , porque la maldicion que cae en la virtud es como la que cae sobre la cruz de Jesucristo en la antevíspera de la Resurreccion .

La doctrina católica ha hecho un sacerdocio casto . Mas esta no es

su mayor maravilla . Al fin el sacerdote es elegido , es preparado y consagrado ; pero la doctrina católica purificará tambien el corazon menos dispuesto y preservado , el corazon de la mujer . Ella creará generaciones de santas cristianas , viviendo libres en medio del mundo , confiadas á sí mismas , guardas con sus costumbres de las costumbres generales , ejerciendo en la sociedad un imperio nuevo , y haciendo nacer del respeto un amor que no conoció la antigüedad .

Me apresuro , Señores , tengo prisa de llegar hasta vosotros , á vosotros , último fruto y el mas divino de la castidad . Porque vosotros estais guardados por la naturaleza y por la sociedad , aun menos que la mujer ; á vosotros se os ha dejado una libertad tan grande como vuestros deseos . Todo lo podeis contra vosotros mismos , y todo con una larga impunidad . Mas no obstante , os ha tocado tambien la cruz ; hase aparecido la Virgen sin mancha á vuestro corazon embriagado de vida ; ambos os han enseñado á muchos de vosotros el suplicio feliz de la continencia , y la religion se ha rodeado de vosotros como de un ilustre plantel , como de una jóven guardia de honor , que la defiende mejor que el pecho de sus mártires y que la espada de sus doctores . No todos vosotros habeis alcanzado de Dios desde el primer dia en vuestra alma este esplendor virginal ; muchos perdieron su primitiva túnica ; decaidos del santo bautismo , pasaron al dominio de las pasiones : la juventud les ha vuelto lo que les habia quitado la infancia . Otros luchan aun contra el veneno mezclado en sus venas : elevan á Dios deseos fervorosos , y aprenden en el combate mismo , conociendo mejor la debilidad de la naturaleza , á discernir en la virtud el solo dedo que cura y que vuelve á la vida .

Así , Señores , sacerdocio casto , mujeres castas , juventud casta ; tal es la obra de la doctrina católica en medio de un mundo que no ha cesado sin duda de ser corrompido , pero que aun en la parte rebelada contra el yugo de la santidad , recibe sus influencias , y no permite á ningun hombre sensato confundir el estado general de la sociedad cristiana bajo este respecto con las costumbres y la sociedad pagana .

No investigaré hoy las consecuencias lógicas de tan gran transformacion : ya las podeis prever . Ya podeis sentir la cuenta que pediré á las doctrinas humanas en nombre de la castidad , no solamente á las doctrinas pasadas , sino á las doctrinas vivas . Nuestras conclusiones serán aun mas victoriosas que las que sacamos de la humildad ; porque la humildad es una virtud que no se mani-

fiesta tanto como la castidad, y tampoco el orgullo tiene llagas tan visibles como la depravacion de los sentidos.

Concluiré con algunas palabras destinadas á la parte cristiana de la juventud que me escucha.

Vivís, Señores, en un país en que estuvieron la moral y la religion mas estrechamente unidos que en ningun otro. Otros pueblos han recibido otros dones; el nuestro ha recibido el de una lógica inflexible que deduce en los actos lo que ha deducido en los pensamientos. La Francia no tendrá nunca mas que una religion expresada y defendida por grandes costumbres. Este es su instinto, y uno de sus títulos de gloria. Sed fieles á él, Señores, y pesad bien las consecuencias de vuestras virtudes: el siglo último no vió perecer la religion en Francia hasta que vió perecer el pudor; el sacerdocio no sucumbió hasta la desaparicion de toda juventud afecta á la castidad. El dia en que fué disuelto este batallon sagrado, concluyó el antiguo y santo reino. Vosotros lo habeis resucitado, Señores: esta jóven y sagrada guardia de la verdad es nuestro mejor augurio, el fundamento mas seguro de nuestra esperanza, la bandera mas gloriosa que ondea para nosotros. La religion os grita, en nombre del mundo vacilante, que conserveis y que acrezcais el honor de esta bandera.

SERMON VIGÉSIMO TERCERO.

De la impotencia de las demás doctrinas para producir la castidad.

La castidad es una virtud puesta en el mundo por la doctrina católica, y que ha sucedido á la mas general y mas horrible depravacion, no en el sentido de que no se halle aun corrompido el mundo cristiano, sino en el de que lucha contra la corrupcion, y de que la doctrina católica ha creado en él un sacerdocio casto, mujeres castas y una juventud casta. Y despues de haber demostrado esto á la luz incontestable de la historia, me parece, Señores, que debería pasar inmediatamente á las consecuencias que se deducen de este establecimiento tan extraordinario de la castidad. Pero en pos de la doctrina católica se agolpan otras doctrinas para disputarle el imperio, habiéndola combatido mas ó menos felizmente en diversas circunstancias. Es útil, necesario y curioso ver lo que han hecho estas doctrinas respecto de la castidad; es instructivo, una vez poseída, revelada y establecida la virtud, considerar lo que han hecho las doctrinas extrañas para sostener el paralelo bajo este respecto. Y hé aquí, Señores, sobre lo que llamo hoy vuestra atencion. Me referiré á cosas mas ó menos presentes, trataré de ellas con energía, con valentía; pero no obstante, con una bondad tan grande como la doctrina á que doy mi fe, y que tengo el honor de defender delante de vosotros.

Yo no puedo, Señores, seguir una tras otra todas las teorías que nos presenta la historia en la escena del espíritu humano desde hace diez y ocho siglos. Esto sería perderse en un laberinto; sería convocar ante vosotros todas las ideas que han cruzado por la inteligencia del hombre, con un éxito diversamente notable ó sin resultado ninguno: trabajo tan enorme como inútil. Porque sucede siempre que vencen algunas doctrinas, que aparecen superiores á las otras con una grandeza que obliga á detenerse en ellas, y que revela suficientemente lo que pasa en una region menos elevada que la suya. Pues bien, desde el advenimiento definitivo de la doctrina católica,